

BEATRIZ SARLO

a cargo de mónica reynoso

Docente desde el año 1966 en Universidades del país y el extranjero. Actualmente se desempeña como profesora titular en la cátedra de Literatura Argentina y como investigadora en el CONICET.

Su mirada crítica recorre gran parte de la literatura argentina de los siglos XIX y XX: Sarmiento, Hernández, Borges... Vanguardias estéticas, cultura popular y cultura nacional son algunos de los tópicos frecuentados en su vasta producción.

El ciclo "Universidad de Verano" organizado por la Facultad de Ciencias Sociales de la U.N.C contó con su participación. El texto que sigue es la transcripción de un diálogo mantenido con la Lic. Beatriz Sarlo en aquella oportunidad.

¿Cuál sería a su juicio el rol de la universidad, en este momento del país?

Quizás no se pueda hablar de la universidad; quizás lo que se pueda decir es que según las universidades y las regiones de esas universidades tendríamos que hablar de roles diferentes. Es más: yo diría que la universidad tampoco es una entidad de la que pueda predicarse de una sola manera, porque están por un lado las facultades de carreras profesionales, y por otro las facultades de carreras humanísticas, y creo que tienen dos problemáticas diferentes.

Tomados estos recaudos, podemos decir que el de la universidad tendría que ser el rol de punta, tanto en investigación como en tecnología. Desdichadamente, la universidad argentina no desempeña solamente ese rol sino que tiene otras muchas funciones que cumplir, todas ellas muy legítimas, pero no podría decir que no son funciones propias de la universidad. Por ejemplo: la universidad hoy, no solamente en la Argentina, sino que - yo

"Decididamente yo diría que hoy no hago crítica literaria, no tengo que ver con el universo teórico de la crítica literaria..."

diría- en el mundo, es un lugar donde los postadolescentes pasan unos años de su existencia, sin que necesariamente esto desemboque en una carrera profesional. Me parece un rol legítimo de una educación terciaria, es decir, ésta es una necesidad cultural. Nuestra cultura hace que nuestros jóvenes entren cada vez más tarde en el mercado de trabajo, haya o no haya crisis económica. Por tanto, hay unos años de escolaridad formal que es reclamada tanto por los padres como por la cultura juvenil misma. Esto complica la posibilidad de una universidad, si uno la define como una universidad donde se imparta enseñanza de punta e investigación de punta.

Quizás habría que pensar en niveles diferenciados dentro de la universidad. Habría que pensar en una especie de ciclo básico universitario, de bachillerato universitario, que cumpliera estas necesidades que los jóvenes tienen de extender su escolaridad formal durante tres o cuatro años. Me parece que es un problema central a resolver.

Cuando uno dice: "la universidad tendría que ser la encargada de la modernización científica y de las actividades de investigación de punta", se plantea un segundo problema, que es el de la relación que hay en toda universidad entre investigación y enseñanza. Sobre esto hay varias hipótesis: están aquellos que dicen que los investigadores son los que tienen que dar incluso los cursos básicos, por que son los investigadores quienes tienen una relación más concreta, más directa con la disciplina, y, por el contrario, están aquellos que afirman

que los cursos básicos son cursos generales, cursos de panorama, y los investigadores no tienen que invertir su tiempo que es muy importante tanto para el Estado y también para el pueblo que lo está pagando.

Personalmente, frente a este debate no tengo una posición. Simplemente quiero decir que este debate existe, que la relación entre docencia e investigación es una relación complicada. Está fuera de toda duda que los investigadores dan los seminarios; está fuera de toda duda que los investigadores dan los cursos más complejos. Hay buenos argumentos para pensar que la presencia del investigador y de la investigación tendría que estar desde el comienzo de la vida universitaria.

En tercer lugar yo creo que la universidad es parte de la esfera pública y por tanto creo que es un lugar muy importante de socialización política de la juventud y también de intercambio entre el nivel científico y el nivel político. Desearía que la universidad argentina no perdiera este rasgo de ser integrante básico de la esfera pública, este rasgo que fue denunciado durante los procesos militares como un rasgo negativo, y que creo que es un rasgo que ata a la universidad a la sociedad a la cual pertenece.

Como centro de reflexión de la cultura que aporte a un proceso de transformación de la sociedad ¿considera que la universidad concentra a la mayor parte de los intelectuales, o hay otros espacios?

Creo que afortunadamente en la so

ciudad nunca hay un solo espacio, y es to es más bien un rasgo de fortuna porque asegura la pluralidad, la libertad y el trasvasamiento de ideas y de debate de un espacio a otro. Afortunadamente la universidad no es el único lugar donde se pueda reflexionar sobre los problemas de la cultura argentina, sobre los problemas de la transición política o sobre los problemas del sistema de partidos o sobre cómo repensar la historia argentina. Dicho esto, yo diría que también hoy la universidad congrega un número importante de los intelectuales que también trabajan en otros espacios.

A diferencia de la universidad desde el '76 en adelante, excepto un muy breve interregno del año '73, la universidad argentina ha vuelto a tener aquellos intelectuales que pesan en los otros espacios de la sociedad. Durante los años que van del '66 al '84, excepto el año '73, los intelectuales que pesaban en un espacio de la sociedad no estaban en la universidad. Hoy uno podría decir que la universidad ha vuelto a comunicarse con las formaciones alternativas que esos mismos intelectuales habían creado y producido en los años de procesos militares o regímenes no democráticos.

Junto con esto también se podría decir que la universidad tendría que ser el espacio de discusión de todas las tópicas. Sin duda para mí una tónica fundamental es la tónica de la transformación, pero no podría mirar con malos ojos a un colega que no tuviera tal tónica, porque la universidad tiene que ser el espacio del pluralismo. Si un colega universitario no tiene la tónica de la transformación, ese rasgo, precisamente, no debe ser motivo de su separación del cuerpo universitario, aunque yo personalmente pienso que nuestra tarea es pensar la tónica de la transformación social, sea en política, en economía

o en el plano de la cultura.

En su opinión, ¿la posición crítica frente al poder es inseparable de la actividad intelectual? ¿Cuál sería hoy la relación de los intelectuales con el poder?

Si yo considerara que la posición crítica frente al poder es inseparable de la actividad intelectual, diría que no hay intelectuales de derecha. Y esto entraría en contradicción con la empiria de los intelectuales de derecha. Mariano Grondona es un intelectual de derecha y sin duda no tiene posiciones críticas frente al poder. Es más, tiene posiciones miméticas, sea cual fuere ese poder: él ha aprobado desde la guerra de las Malvinas hasta la guerra sucia, hasta incluso la democracia.

Entonces yo no podría hablar de el intelectual caracterizado como "posición crítica frente al poder". Esto más bien me arroja a no reconocer que el mundo de los intelectuales está escindido: están los intelectuales que tienen posiciones críticas frente al poder, y están los que no la tienen.

El problema de los intelectuales con posiciones críticas frente al poder es el problema de los intelectuales de izquierda, no vinculados necesariamente a la izquierda de un partido político; es el problema de los intelectuales que apuestan a que en esta sociedad todavía el Estado, los intelectuales y la esfera pública tienen tareas de transformación en un sentido de mayor igualdad y de mayor libertad.

Cuando pienso en estos intelectuales, no en los Grondona, no en los que escriben la revista *Criterio*, diría que no necesariamente la posición es siempre invariablemente crítica frente al poder. Yo definiría la posición del intelectual como aquella po-

"Yo no me puedo pensar a mí misma simplemente como crítica literaria, o simplemente como historiadora de la literatura. Yo me pienso precisamente como una intelectual, en el sentido más clásico del término, esto es, alguien que desde su especialidad puede o debe poder pensar en otros problemas de la sociedad"

sición de máxima agudeza de percepción. Por supuesto, cuando esa agudeza de percepción detecta tópicos que no van en sentido de transformación, esa posición sería crítica frente al poder. Pero más bien la posición del intelectual transformador es la posición atópica: se vincula con los partidos políticos, con el poder y con el sistema institucional según temas definidos, y sobre esos temas toma posición de mayor o menor distancia.

Sin duda, por otra parte, el intelectual es alguien que tiene una cantidad de ocio ilimitado, o mucho más amplio que otros sectores de la población, y, por tanto, no tiene que ser mero especialista en su disciplina, sino que tiene que aprovechar, en mi opinión, este privilegio que es el tiempo dedicado a su actividad para pensar tópicos que desborden su propia disciplina. Yo no me puedo pensar a mí misma simplemente como crítica literaria, o simplemente como historiadora de la literatura. Yo me pienso precisamente como una intelectual, en el sentido más clásico del término, esto es, alguien que desde su especialidad puede o debe poder pensar otros problemas de la sociedad.

En la separata de Punto de Vista de noviembre-diciembre /87, Edward Said sostiene que la crítica literaria actual, en la universidad norteamericana, ha aislado la textualidad de las circunstancias. Según el autor, la textualidad se ha convertido en la exacta antítesis de lo que puede ser

denominado historia. ¿Puede advertirse una dirección en ese sentido en el trabajo crítico que se desarrolla en el país? ¿Cuáles son las líneas que predominan en la tarea crítica nacional?

La crítica moderna ha vuelto a la universidad, y esto por un lado es bueno, pero por otro lado tiene el problema de la institucionalización, que es grave en algunas disciplinas que están vinculadas a la sociedad o que - por lo menos desde mi perspectiva - deberían estarlo. Es decir, la crítica, al volver a la universidad lo que hace es institucionalizarse, y en la Argentina este proceso se dio muy rápidamente. Lo que uno podría pensar como un largo proceso de recondicionamiento, tanto de los críticos ya constituidos como de los jóvenes a la institución universitaria, fue más bien un proceso rápido, por lo menos en la Universidad de Buenos Aires, que es la que conozco, pero también en la de Rosario.

Esto, a mi juicio, en otros países produce una crítica poco interesante, produce una crítica que está destinada a alimentar la máquina de los críticos. En general, la crítica norteamericana contra la cual habla Said en el artículo es una crítica dirigida a un público de críticos, muy tecnológica, en donde el manejo de un cierto aparato técnico obra como caución del discurso crítico. Una crítica que va año a año sintonizando con una sensibilidad hiperdesarrollada las novedades

des teóricas y metodológicas, escinda de aquellos lugares de la sociedad donde podría llegar a cumplir otras funciones. Con esto no quiero decir que la crítica tenga que cumplir otras funciones adoctrinando a obreros y campesinos sobre qué novelas leer, sino más bien comunicándose con públicos más amplios que a su vez se comunican con públicos más amplios, y así, capilarmente, la sociedad va repensando cierta zona de su cultura que es a mi juicio capital, la literatura.

Esta crítica más tecnológica tiene de sin duda hacia una crítica que marca una escisión entre textualidad y extra texto. Yo nunca he hecho una crítica textual, es más, hoy me pregunto si hago crítica, si alguna vez la hice. Decididamente diría que hoy no hago crítica literaria, no tengo que ver con el universo teórico de la crítica literaria, sino con la historia, la historia social y cultural, cierta zona de la teoría social, y no con la crítica literaria. Por tanto mi juicio sobre la crítica es también un juicio desde afuera.

Yo creo que idealmente los críticos debieran ser grandes comunicadores de universos discursivos del universo discursivo de los autores y del universo discursivo de su público. Y esta función en una crítica hipertecnológica es difícil de desarrollar.

Esta tendencia ya está puesta en la Argentina, y me parece peligroso que un universitario no pueda, dicho sea entre comillas, "perder su tiempo" dedicándose a pensar la política, la cultura, los medios de comunicación, los sectores populares. Que la crítica literaria sea un discurso autosuficiente me parece sumamente peligroso. Los grandes críticos de este siglo no han ejercido este discurso, si es que los grandes críticos son para nosotros Auerbach, Sartre, Roland Barthes, Bajtín.

Se desarrollarán este año diversas actividades con motivo del centenario de la muerte de Sarmiento. Nos gustaría una reflexión acerca de su figura.

Hace poco me hicieron un reportaje en Clarín, en el cual dije que Sarmiento fue un tipo, un intelectual y un político que hizo todo para que hombres y mujeres como él no fueran posibles después. Yo creo que ésta es la fascinación que sobre mí ejerce Sarmiento. En principio porque, con excelsos y errores espectaculares, es uno de los que funda una posibilidad en la Argentina. No digo que no hubiera habido otras, no digo que la Argentina tenía que ser tal y cual la diseñaron estos hombres del siglo XIX, pero el país al cual arriban mis abuelos inmigrantes es el país fundado con esta ideología político-social y cultural. Por esa punta, la fascinación es como la fascinación de un fundador cultural, y esta fascinación es muy fuerte.

Por la otra, Sarmiento es también un tipo de intelectual con el que alguien como yo, que no proviene de las elites, se siente por momentos identificado, porque es alguien al cual el acceso a la cultura le ha resultado muy costoso. La historia de Sarmiento en relación a la cultura es la historia de un pobre tipo de provincia que tiene que ir descubriéndola libro a libro. Y esto es una imagen de intelectual muy siglo XIX, muy balzaciano, pero al mismo tiempo tiene que ver con las experiencias intelectuales de un país inmigratorio, donde la mayor parte de los intelectuales provienen de la inmigración, y no de las elites. Si estuviéramos en Francia, donde los intelectuales tienen padres, abuelos y bisabuelos que se han recibido en las grandes escuelas y en el Politécnico, quizás la fascinación fue

LITERATURA - CULTURA - UNIVERSIDAD

ra menor, uno sentiría menos proximi
dad por los esfuerzos realmente román
ticos que hace Sarmiento en relación
con la cultura. Esta es la otra punta
que no puede dejar de atraerme.

Cada vez que vuelvo a leer Recuer
dos de Provincia, o Facundo, yo digo
cómo es tan diferente y tan parecido
a nosotros, cómo es que tiene las mis
mas tensiones por las cuales nosotros
atravesamos, aunque el contenido de e
sas tensiones sea diferente. Las mis
mas tensiones en el sentido de vincu
lar lo cultural con lo político, aun
que las formas que eligiera Sarmiento
para vincularlas sea una forma extre
madamente viciada.